

## La Historia y cómo se escribe

(1)

Los experimentos de la psicología han demostrado que varios animales pronto aprenden por su propia experiencia. Solamente el hombre aprende por la experiencia de otros. Esto se hace posible debido a la historia. En el más amplio sentido, todo lo que sabemos es historia. Más estrictamente hablando, podríamos decir que es un mapa del pasado. Allí, el terreno que se recorre nunca se repite hasta el último detalle, como tampoco lo hace la cinta de carreteras que se desliza al paso de un automóvil. Pero los perfiles, con todas sus variantes, dan al observador acucioso el conocimiento de lo que es manejar con seguridad el volante, y a menudo le proporciona guías para discernir acerca de lo que viene después, ya que continuamente se presentan semejanzas de un carácter general. El pasado es también una historia que fascina por sí misma, derramando su luz sobre el eterno comportamiento de los seres humano, ya sea aislados o en masa, al mismo tiempo que ayuda a enriquecer copiosamente el conocimiento de cualquier lector acerca de sí mismo y del mundo en que vive.

Algunos piensan que la historia es el proceso de acumular rimeros de hechos, fechas, estadísticas, para almacenarlos en algún arcón de anticuario o en el anaquel de un escolar. Pero es muchísimo más que esto, a saber: es una revista de los éxitos y los fracasos de la vida del hombre en este planeta. La historia examina el surgimiento y el ocaso de las naciones y de las culturas, con sus héroes y sus líderes políticos, así como es un testimonio de los experimentos humanos para vivir juntos en la guerra y en la paz; de sus luchas por el pan, la comodidad y la fé; de sus ideas generales y de sus símbolos colectivos.

---

(1) Disertación leída en la Sesión Académica del Instituto de Historia de la Facultad de Letras, el día 5 de agosto de 1949 (D. V.).

La historia fué en un tiempo escrita y enseñada principalmente como cuento de intriga o una narración sobre derramamientos de sangre. En aquellos días surgió el viejo proverbio francés que dice: "Feliz es la nación que no tiene historia". A la luz de una mejor definición, ese refrán parece un absurdo. Un grupo cultural y desde luego toda la raza humana, conserva su carácter precisamente porque acaricia algún recuerdo de los hechos pasados. No importa que bien sea esa memoria, como podemos señalar la influencia de la tradición de San Martín en la América del Sur y de Lincoln en la vida norteamericana; o corruptora, tal como el efecto que ejerció Bismarck sobre la conducta de la moderna Alemania. De todas maneras, recordar el pasado es una fuerza presente y poderosa para el bien o para el mal. El filósofo italiano Benedetto Croce dijo verdad cuando expresó que toda la historia viviente es contemporánea.

¿Qué es "el pasado"? Una de las ideas más elásticas que haya sido concebida por la imaginación, recorre desde los más remotos atestados conseguidos sobre la tierra, hasta los segundos del momento presente que nos vá marcando la agujita del reloj. La gente que nos urge a "vivir en el presente" rara vez pesa el sentido literal de este consejo. El presente, esa chispa infinitesimal que desaparece antes de que podamos fotografíarla en nuestro cerebro, viene a ser casi una quimera. El "futuro" es aún más impalpable, puesto que su contenido y su impacto nosotros todavía no han sido registrados. En contraste con esos dos conceptos, "el pasado" parece curiosamente sólido y real. Representa tiempo y sucesos presenciados, realizados e incorporados al tejido de la experiencia sentida. No sólo es el hombre la única criatura capaz de aprender de lo que ha ocurrido a otros, separados de nosotros por millas o por centurias, sino también es el único capaz de alargar a su máximo el llamado "presente". Realizamos este inconscientemente cuando hablamos de "el día de hoy" o de "la generación actual". De acuerdo con tal extensión de tiempo, toda historia que nos interese y que tenga algo que decirnos, es historia viva.

Así como sucede con otras cosas buenas, es posible abusar de la historia y hacer mal uso de ella. Un narrador monótono, puede hacer que sus capítulos más interesantes parezcan faltos de color y de imaginación; es como un acto de exhumación seguido del macabro inventario de los huesos. El humorista norteamericano Mr. Dooley, observaba en una ocasión que "la historia es un examen post-mortem. Le

dice a usted de lo que murió una nación. Pero a mí me gustaría saber de qué vivió”.

Puede también abusarse de la historia por el descuido en la narración de los hechos, o el simple deseo de presentarlos de un modo sensacional y chocante. Peor todavía: la musa Clío puede ser vendida como esclava para ser comodín de propaganda, pervirtiendo así la verdad de una manera desembozada. Mark Twain, en un rasgo de cinismo, declaró una vez “La propia tinta con que ha sido escrita la historia, no es sino prejuicio en forma líquida”. Para un estudiante de historia, forzado a leer entre líneas partidarias, —como por ejemplo los niños de escuela del Reich de Hitler, o los que están bajo el dominio del “polit-buró” soviético— la libertad de aprender y de llegar uno a sus propias conclusiones, viene a ser tan imposible como para el estudiante de ciencias cuando éstas son presentadas ante él en forma corrompida.

Con todo, la historia, al igual que otros estudios sociales parecidos, tales como la etnología, la antropología y la sociología, cuando se emplea con sinceridad, ayuda enormemente a echar abajo esas barreras del prejuicio y a desbaratar esas mentiras que han creado odios entre razas, regiones y grupos nacionales. Entre los historiadores profesionales, realmente son pocos los fanáticos y reaccionarios. Cualquiera que, animado de simpatía, trate de crear de nuevo el pasado, difícilmente puede perder algo de su provincialismo, tanto en la creación de tiempo como en la de espacio. Entre las lecciones inevitables de la historia —citemos casos— están la locura de las guerras de agresión; la estupidez de la persecución a otros por causa de su raza, o de sus creencias y opiniones; y lo fútil de pretender destruir la libertad de pensamiento.

Como todos sabemos, los anales históricos de Norte América no son inmaculados. La nación cuya historia y literatura carecen de una crítica propia, es más apta para ejemplificar la supresión de la libertad de palabra, antes que para simbolizar la perfección. Pero en conjunto, desde la fundación de la nacionalidad por nuestros padres, hasta el Plan Marshall, el panorama histórico norteamericano no dá lugar a que podamos avergonzarnos de él, sino que, antes por el contrario, podamos sentir cierta satisfacción. Es la nuestra una historia que los buenos ciudadanos necesitan conocer para entender mejor su propio mundo y capacitarse así para mejorarlo. Con nuestra fé en el gobierno de las mayorías, debemos creer también en la clarificación del conocimiento propio de los que piensan y eligen.

La ignorancia de lo que sucedió en nuestra ciudad, en el estado, región o país que pertenecemos, como también respecto de nuestros vecinos —en esta edad en todas las naciones son vecinas—, es mal ejemplo de ciudadanía en la formación de una democracia. Así ha sido siempre. Pero hoy, cuando las naciones de nuestro propio hemisferio, sur y norte, son las principales defensoras de la democracia ante el mundo, tal ignorancia es no sólo vergonzosa, sino peligrosa. El conocimiento popular acerca de nuestro pasado puede iluminar nuestro futuro. El buen sentido del momento actual, hará más que cualquier otra cosa para salvarnos de esas caídas en el aislamiento, en la indiferencia y en la sensibilidad con que hemos roto, algunas veces, nuestra marcha por el camino de la democracia con sentido social.

Hace un siglo la lectura de la historia era mucho más popular entre la gente culta que lo es ahora. El estudiante de escuelas y colegios acostumbraba adquirir, por lo menos, un conocimiento superficial de Jenofonte, Tucídides, César, Livio, Plutarco y Tácito; y luego, en sus años adultos, por propio placer, no sólo leía a Gibson, Macaulay y Carlyle, sino a nuestros historiadores puramente norteamericanos como Irving, Prescott y Parkam, y aquí en el Perú los historiadores distinguidos Latino-Americanos.

Si la declinación por el interés hacia el Latín y el Griego es responsable del terreno que se ha perdido en aquella línea de actividad, la culpa de nuestra retirada en el segundo sector descansa gravemente en quienes actualmente escriben la historia nueva. Y la primera cuestión que hemos de tomar en cuenta es, cómo no se debe escribir la historia. Seguramente que ella no necesita ser escrita del modo florido que fué tan popular en un tiempo. El Duque de Sully acostumbraba vestir traje de cortesano para sentarse a escribir sus Memorias, así como los cirujanos franceses, en el tiempo de Lisfranc acostumbraban trajectarse de frac y corbata blanca para practicar una operación de gran cirugía. El llamado Padre de nuestra Historia Norteamericana, George Bancroft, tenía debilidad por los períodos altisonantes, como éste: "El hombre pusilánime asiente a la cobardía y recobra su atrevimiento con la seguridad de la impunidad". El encumbrado heroísmo, al escribir, está hoy día tan pasado de moda, como las estatuas ecuestres.

Luego viene el punto de vista científico con respecto a la historia, el cual mejoró los métodos de investigación, y cortó algunas de las flores de la retórica. Bajo la guía de muchos alemanes y unos pocos eruditos británicos y americanos que gustaban del epíteto "incolore", los

historiadores comenzaron a creerse ellos mismos los más triunfantes, conforme sus escritos crecían en frialdad e impersonalismo. Pero es bueno recordar que el "pionero" de este tipo de historiador, el prusiano Von Ranke, llamaba a la Historia una ciencia y un arte.

Escribir bien la historia es precisamente eso. Como ciencia, no puede hacer componendas con lo negligente y lo falso. Como arte, debe asirse de lo durable y significativo, rechazando firmemente lo demás. El anticuario puntilloso, como el mahometano ignorante, economiza todo pliego de papel que el viento lanza en su camino, porque puede ser que contenga el sagrado nombre de Alá. Pero el erudito de visión amplia no puede esquivar su tarea de selección, de buen sentido, independencia y estricta integridad, que son vitales para escribir bien la historia.

Esto no significa que un buen historiador deba ser despojado de individualidad, para convertirse en un autómata investigador que extrae los hechos y los ofrece al público en un plan mecanizado. Ni se requiera tampoco que carezca de estabilidad personal o de un fondo de convicción acerca de los principios, como esas gentes que ha descrito Bernard Shaw como poseedoras de mentes tan abiertas que no les queda en el cerebro ni un soplo ("whose minds are so open that there is nothing left but a draft").

Si la saturación del autor con su tema es tan real que desarrolla él afectos y desafectos, su escrito seguramente será más cálido y vigoroso que si adoptara la actitud científica de un biólogo al anatomizar una rana. Sobre la base de un cuidadoso estudio y de opiniones bien ponderadas, el historiador debe formar esos juicios valiosos de lo que no puede desviarse ningún historiador que merezca ese nombre. Nosotros exigimos, sencillamente, que trate la materia con equidad, que ofrezca los motivos de las generalizaciones que asienta y que, aunque trate de convencernos, no nos engañe. El no puede fabricar la evidencia —ya sean documentos, conversaciones o incidentes—. Aquí se bifurca y se aparta del novelista. Lo que el amplio e histórico pasado reclama no es la invención, sino el discernimiento y la interpretación justa.

Empero, el campo de la literatura corriente está muy poblado de eruditos encuevados, demasiado indiferentes para poder escribir bien, y por escritores talentosos de literatura novelesca, que son demasiado perezosos para investigar por sí mismos. El gusto del público favorece, naturalmente, a estos últimos; y así, el romance histórico permanece atrincherado al tope de la lista de libros de mayor venta, año tras año.

Si los historiadores profesionales ven el pendón de la popularidad arrebatado de su mano por los novelistas, como he dicho antes, tienen que culparse principalmente a sí mismos. Gran parte de la culpa está en la falta de efusión de tanta escritura académica, en las tradiciones de competencia obtusa que han crecido acerca de las disertaciones doctorales y en las monografías eruditas. No queremos con esto menospreciar la erudición sólida, estadísticas, informes militares o conclusiones a que hayan llegado las comisiones y, en general, toda clase de archivos empolvados por el tiempo. Parkman y Prescott se afanaron también en esta clase de estudios, antes de llegar a alcanzar la claridad del cristal y el agradable sabor que destilan sus escritos.

Hace algunos años, antes del apogeo de Winston Churchill, George Macaulay Trevelyan se quejaba de que la historia ya no era leída, a causa de haber dejado de ser escrita por "personas que se mueven en el mundo de las letras y de la política", como su tío abuelo Macaulay. Quizá sea demasiado pretender que el común de los historiadores se sienten en el Parlamento o en el Congreso, o en el Gabinete de Gobierno, para hundirse hasta el cuello en las actividades cívicas de su época; que viajen por todo el globo, que conozcan una docena de idiomas y cultura, o aun que escriban poesía y novelas como auxiliares de su arte, a la manera de Carl Sandburg. Esto es demasiado pedir. Admitimos, sin embargo, que cualquiera de esas experiencias, podrá enriquecer su labor.

Algunos de nuestros mejores historiadores profesionales, han sido los menos sedentarios. Una ansia de trabajo en el sitio de los hechos, agrega frescura, originalidad y vigor a la descripción, como lo ejemplariza el viaje de Francis Parkman sobre la ruta de Oregón y su estada entre los indios Sioux; lo mismo que la paciente y minuciosa exploración por parte de Douglas Freeman en los que fueron campos de batalla al norte de Virginia; o la navegación de Samuel Eliot Morison, siguiendo la ruta de Colón así como al lado de la Marina en la segunda guerra mundial. Antes de escribir el "Almirante del Mar Océano", Morison navegó por el Atlántico en una carabela semejante a la Santa María, haciendo así, de hecho, casi todo cuanto hizo Colón, excepto descubrir la América. De modo que la sensación de una hacha, de un rifle, o de una caña de pescar en la mano, o de una mochila a la espalda, el viento azotando el rostro, el aire salado que se respira, son todas buenas disciplinas para escribir la historia. Un historiador apto, aprende del pasado por medio de todos sus sentidos. Conocí una vez a una ex-

céntrica arqueóloga, solterona, quien pretendía convencer de que ella podía averiguar la fecha de cualquier acueducto romano con sólo palpar el gusto que que dejase en su lengua la construcción en ruinas. Y las había probado todas.

Muy amenudo, el sabor del drama, el sentido de revivir el pasado, la emoción que se debiera comunicar al relatar una historia, queda sepultado bajo la aglomeración de datos, penalidad que imparte esa especialización exagerada que se ha apoderado de la historia, no menos que de otras ramas de la investigación, en el Mundo Moderno. Con todo, la historia es inevitablemente dramática. La palabra misma "history", en inglés, tiene la misma raíz que la voz "story", narración. Así, pues, la narración es inherente a la historia. También un sentido de comedia tiene su lugar al lado del historiador, en no menos grado que un sentido de tragedia. El revivir a una personalidad dominante, o la vida diaria de una época, o la potencia generada por sus ideas, requiere un conocimiento que la crónica de los grandes sucesos del pasado reclama también un tinte de poesía, no es pedir que arrecien sobre nosotros los aguaceros de prosa cadenciosa y pasajes color de púrpura, tan gustados por los oradores y patrioteros. Solamente significa que las facultades de simetría, proporción, diseño estético, emoción controlada, tanto como una pizca de gracia y en momentos de intensidad cierta elocuencia espontánea, puedan ser llamados al servicio de la verdad.

El don del artista, y no la mera acumulación de detalles para ser arrojados al lector como si fuera una bola de nieve que se deshace, produce un escrito que puede leerse con placer. La estructura debe ser clara y firme, pero sin que se dejen percibir los huesos del esqueleto. Las frases significativas deben guiar los argumentos presentados, pero de una manera natural. Los pasajes esponjados con la obra muerta de la jerigonza o incrustados de clisés, donde alternan la arrogancia del erudito con explicaciones y citas traídas en tal número innecesario que insultan la inteligencia — todos esos vicios no deben caber en las páginas de una buena historia.

El mejor escrito ha sido definido como la riqueza de pensamientos expuestos en el lenguaje más sencillo. Si se aplica a la historia tal discernimiento, debiera reflejar la fácil, simple, pero nunca descuidada locución de un hombre bien educado cuando conversa con su samigos. Aburrir, gritar, predicar, así como la arrogancia y la garrulosidad, son todas mal vistas en la sociedad, esto es, entre lectores inteligentes que no sean especialistas. En una aula llena de estudiantes, éstos tienen

que oír lo que el preceptor dice; pero los profesores no debemos olvidar jamás que, en cambio, la mayoría de los lectores encuentran demasiado fácil cerrar el libro, o tirar la revista que leen al cesto de los papeles. El pretencioso, el demasiado sentimental y el petulante se encuentran expuestos a ser tratados de ese modo.

Un buen escritor cambia el compás de lo que escribe, para acomodarse así al gusto y a la comodidad del lector. La afirmación clara y concisa es su género. La frase 'staccato' se acomoda al pulso de la vida moderna, se adapta al periodismo típico de esta época de los aeroplanos y de la fuerza atómica. Pero puede caer en abuso, como seguramente lo hicieron Clarendon, y Huma y Montesquieu, que abusaron de la frase compleja, propia de la era de latinidad augustal, de carretas de bueyes y de los barcos de vela. No obstante, los mejores historiadores ingleses y franceses de los tiempos modernos, nos dan modelos de escritos que muchos americanos haríamos bien en imitar. Esos eruditos del otro lado del océano esconden cuidadosamente el desaliño que asienta sus fundamentos y el andamio que hizo posible levantar los muros, así como el brillante estudiante de la Oxford de mis tiempos, estudiaba con ahinco durante las largas vacaciones cuando nadie le observaba y regresaba a tiempo para la apertura del curso, representando así el papel de quien no se preocupaba por nada. Lo único que un escritor no debe comunicar es todo el trabajo y esfuerzo que le ha costado el producto acabado. Sin embargo, muy a menudo el historiador pedantesco parece insistir en obligar al lector a que participe en sus penas.

Nada de lo que hemos dicho aquí sería aplicable al tipo elegante que juega de historiador. Esta especie no se ha arraigado en las tierras de Norte América. El pueblo americano siempre ha dado gran énfasis al contenido de hecho, la especialización, y al mérito. El "dilettante" nunca ha sido popular entre nosotros y no nos hace falta.

Pero el historiador que sabe reunir el conocimiento profundo con habilidad y simpatía para escribir, tiene como público atento no sólo a su propia nación sino al mundo entero. El ansia mundial por una clarificación de los innumerables sucesos de su época actual, hicieron que Spengler y H. G. Wells tuviesen un éxito fenomenal después de la primera guerra mundial, así como Arnold Toynbee después de la segunda guerra.

El historiador que escribe tiene por delante una responsabilidad muy seria. No sólo tiene a su lado un público numeroso e interesado,

deseoso de leer por encima de su hombro mientras escribe, sino que además tiene la seguridad de que la posteridad le robará muchas de sus ideas, sean buenas o falsas. La reputación de Tiberio ha sido ennegrecida para siempre debido a las brillantes calumnias de Tácito. Para los lectores fieles a Carlyle, Cromwell será siempre un caballero de los mejores; y los que son fieles lectores de Macaulay no dejarán de ver en Warren Hastings un villano, de los peores. Por lo menos dos Presidentes de los Estados Unidos, de carácter muy diferente el uno del otro, Herbet Hoover y Franklin D. Roosevelt, se preocuparon acerca del veredicto que dará la posteridad acerca de ellos, como queda evidente en el hecho de que ambos donaron á bibliotecas públicas todos sus documentos personales.

Un historiador ameno que escribe de su propia época, será aceptado durante generaciones como testigo sobresaliente y como autoridad por excelencia. No obstante, el historiador que llega a la escena de los hechos muchos años más tarde, también goza de ciertas ventajas. Aunque se habrán perdido millones de detalles, tanto importantes como insignificantes, debido a la falta de archivos bien conservados, nos consuela el hecho de que, al descubrir diarios y archivos secretos de aquellos tiempos, al reunir los fragmentos del mosaico, con el enfriamiento que trae el tiempo sobre las enemistades antiguas, y al mirar los tiempos pasados al través de la larga perspectiva de los años, el historiador moderno puede llegar a comprender el verdadero significado de aquella era pasada, mejor que los hombres que vivían en esa época.

Recordando nuevamente la frase de Croce, que toda historia viviente es contemporánea, los que anotan la historia, los escritores que logran hacerla vivir de nuevo para el mayor número de personas, son aquéllos que prestan a la historia el don de la inmortalidad y el poder de ejercer influencia sobre los pensamientos, las emociones y los hechos, siglos después de haber acaecido el acontecimiento que relatan.

*Dixon Wecter.*  
*Universidad de California.*

---